

Una de ufología

Rigurosa y ágil tu crónica, amigo Moisés, sobre *Encuentro de ufólogos en el Aljarafe sevillano*. Escribes muy bien, rara habilidad en los actuales tiempos. Igualmente afortunado el artículo *Encuentro cercano con Ignacio Darnaude*.

Si el cociente intelectual lo dicta el destino —disculpa que englobe a todos los cofrades— terminaría en lugar poco confortable por introducirnos en algo que, seguro, ofende a los tabernáculos de los dioses y entes afines.

Algo similar os sucedió cuando, con toda premeditación, hollasteis los terrenos sagrados del Palmar. Pero, a estas alturas, no logro contestarme algunas preguntas: ¿Fuisteis por simple curiosidad o esperabais descubrir algo nuevo? Sé que en absoluto buscabais la provocación que, tal como sucedió, se encontraba al acecho. Nunca tuve interés por acudir a esos lugares porque a los intransigentes nos cuesta aceptar imposiciones, y menos de fantoches: «O usted se coloca una corbata y el traje de los domingos o no pisa este santo lugar, tierra de apariciones». ¡Váyanse al reino donde lo absoluto impera!

Suele decir Darnaude: «Si la cantidad de horas que he invertido en la investigación de lo escasamente manifestado las hubiese empleado en estudios universitarios hoy poseería varias carreras». Cuando pronuncia la frase lo hace con una solemne expresión facial, ojos en mirada perdida hacia lo alto, manos enlazadas, voz ahuecada en su habitual y grave entonación. Y es cierto. Igual les pasó a Rivera, Osuna y tantos que volaron con un baúl lleno de esperanzas entre los huecos de los legajos. Nos pasará a nosotros cuando marchemos al más común e inevitable de los exilios, como poetas que exhalaban su última sílaba en recuerdo de su musa, tal el bendito Píndaro.

Los amantes de lo imposible permaneceremos en terrenos fronterizos, lugares donde se producen los mestizajes y las pérdidas de identidades, convencidos de que la filosofía resulta demasiado importante para que sólo resida en los reductos academicistas, lejos del ajetreo de las calles y la soledad de los campos.

Rebeldes de lo elegantemente establecido, peligrosos por disfrutar y sufrir con el pensamiento por preguntar y hacernos preguntas; tantas, que tenemos un salvoconducto para afrontar el viaje final con valentía. Nuestra existencia quedará para siempre unida a un pasado donde tanto flirteamos con la Ufología como para considerarla la mujer de nuestra vida, o sea, que con ella no pudimos vivir en paz, pero sin su existencia tampoco. Y si egoístamente deseáramos que nuestra aventura tuviese un bello final, aceptemos de antemano que tampoco resultará triste el periplo: sencillamente, no tendrá fin. Mientras, soportemos de la mejor manera la necesidad psicológica de no querer estar solos, perdidos y olvidados en un rinconcito de este colosal Cosmos.

Admitamos con extraña mueca ser un error de la naturaleza al desarrollar la corteza cortical con excesiva rapidez, casi de manera dramática, carente de unos mecanismos de regulación que están en otras partes del sistema nervioso. Estas fisuras puede que originen las graves enfermedades mentales y taras que poseemos: violencias, alocada carrera técnica, incoherencias y, también, una necesidad de regresar al origen: un universo primitivo y mágico.

Caminamos a lomos de un corcel al que llamamos mente que dirige nuestro comportamiento en unas relaciones de compleja reciprocidad donde las representaciones simbólicas chocan con la llamada realidad con un propósito —al parecer— definido. ¿Quién puede negar la posibilidad de que seamos la antimateria de otros mundos y viceversa? ¿De dónde llegó el hidrógeno, base de la teoría del Big-Bang? ¿Hay respuesta para conocer el origen del Universo? ¿Cuál es la composición de la extraña energía que ocupa el 65 % del Universo y que lo hace expandirse? ¿Reconoceríamos como humanos aquellos seres de hace unos pocos de años, unos cinco millones? ¿Qué es el tiempo? ¿Por qué algunos nos debatimos en

maremágnums, reinos de bufos, y otros forman andanas tras autógrafos de balompédicos mercenarios?

Y todos bajo el control de unos 'cómicos cósmicos' –curiosa cacofonía– con una extraordinaria capacidad de adaptación a las modas tecnológicas de cada época histórica para darnos el placer de ilusionarnos con fantasías, ensueños del más allá de lo natural. En este manicomio terrenal, alienistas especializados controlan a los perturbados para que no salgan de las murallas de los 'palmares troyanos', convenciéndonos de que somos el resultado feliz de la violenta alquimia esparcida por el Universo como resultado de la explosión de una supernova o de aquel centímetro cúbico que, ajeno al tiempo y al espacio, cansado ya de soportar tanta masa, explotó presa de un cabreo formidable. Constituye la historia catastrófica de la existencia, llena de sucesos violentos: por allá galaxias con cien mil millones de estrellas colisionan con frecuencia y, por acá, ya nos encargamos los terrícolas –Joaquín los llama 'termocéfalos'– de incrementar el proceso de extinción de un número sobrecogedor de especies vivas. Nos comportamos como si no tuviésemos hijos, sin responsabilidad ante las siguientes generaciones.

Sin embargo, incrustados en la cultura occidental, soberbia y orgullosa, con la curiosidad depositada en las botas que golpean los balones, somos incapaces de mirar de forma diferente al Universo, a cielos estrellados, a los insectos, a una gota de agua tras un microcopio... Y, ¡oh paradoja! resulta que la ignorancia da más confianza que el conocimiento. Aunque sólo en el trance residan las esperanzas; en la seguridad pocos atractivos se encuentran.

Comencé estas líneas para agradecerte tus misivas, me enredo, y brota mi alma de púber ensayista. Como final, agradecerte la atención que prestarás a estas líneas de ufólogo 'histórico', situado en la nostalgia de aquellos veinticinco años, ilusionado con mis recién comprados Pentax de 8 X 50, nunca cansados de rastrear los cielos estrellados en las noches frías de aquella Gerena, también más ingenua y virgen.